

LOS INTRUSOS

José Jacobo Díaz Romero/Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Al "manco", víctima y victimario, que propició la primera huelga en los aserraderos de la Wood's Cedro and Caoba Company. A los taladores aquellos y a los que aún hoy viven y mueren en la explotación y el olvido.

Sus orejillas se movieron como pequeños detectores para localizar un lejano y extraño ruido. Suspendió por un momento su marcha y trató de percibirlo mejor; evidentemente era distinto a todos los que él conocía; probó con su sensible nariz y aspiró cuidadosamente los aromas de la selva; poco a poco fue descubriendo un olorillo desagradable, lo retuvo y trató de seleccionarlo, pero no pudo reconocerlo. Todos los olores y ruidos de la selva le eran familiares; sin embargo, éstos jamás los había experimentado. Paulatinamente empezó a despertarse en él una sensación de desconfianza, un cosquilleo recorrió lo largo de su lomo, erizó su pelambre y retorció el rabo inquietamente. Sin poderse contener lanzó un violento resoplido lleno de sospecha.

Los ancestrales y misteriosos hilos de su instinto lo pusieron en guardia; no obstante, empujado por la curiosidad, decidió encaminarse sigilosamente hacia aquel apartado lugar. Adaptó su metabolismo para escudriñar y empezó a caminar aflojando todos y cada uno de sus músculos; las poderosas garras adquirieron suavidad y la húmeda hojarasca era oprimida blandamente en cada paso; todo su cuerpo adquirió una increíble elasticidad, se deslizaba como una silenciosa visión entre la umbrosa selva.

Entre más se acercaba, más insoportable se hacía el tufo y el ruido retumbaba en sus delicados tímpanos. Se encaramó con agilidad sobre una peñasquera y se agazapó cuidadosamente entre la maraña de unos bejucos, su manchada piel quedó confundida con las luces y sombras; sus pupilas amarillas se encogieron, listas para percibir la más rápida e insignificante acción. Pronto descubrió el movimiento de unas ramas y, tras ellas, a los seres más extraños que jamás había visto.

Flexibles, verticales, eufóricos, cortaban y destruían la yerba que encontraban a su paso. El los observó con temor y curiosidad, trató de encogerse aún más en su escondite y tensó los músculos para cualquier emergencia. Los intrusos le causaban diferentes sensaciones; a veces los veía vigorosos, a veces frágiles e inclusive apetecibles. Venían abriendo una angosta brecha como sutil herida en el seno de la inmensa selva. De pronto, uno de ellos fijó sus ojillos malignos y tenaces en el lugar en que él se encontraba. Al verse descubierto se incorporó y, obedeciendo a su instinto, rugió con todo su vigor. Las gambas de los paques y las ceibas transmitieron la amenazante demostración; una parvada de pericos voló con algarabía, las chachalacas asustadizas se escurrieron hábilmente entre las ramas

de una acahualera. Aquellos seres huyeron en desorden, mas, pasada la sorpresa, volvieron; volvieron cautelosos y decididos, sus rostros renegridos se habían transformado: ahora eran terribles y astutos; en los extremos de sus miembros ya no aparecían aquellas uñas gigantesas con que trozaban la maleza, ahora traían unos objetos brillantes y pesados, cuyas bocas oscuras y frías lo buscaban amenazadoramente. De pronto aquellas diabólicas oquedades arrojaron fuego, a la vez que se escuchaban ensordecedoras detonaciones. Sintió un ardor profundo en alguna parte de su cuerpo; casi simultáneamente, sus músculos se dispararon como tensos resortes y lo proyectaron hacia abajo en sincronizados movimientos. Nunca había experimentado un peligro tan inminente; algo dentro de él le obligó a huir hacia el más próximo de los arroyos; aún pudo escuchar los gritos agudos de los hombres que seguían provocando detonaciones; como pudo, se escurrió maltrecho entre una tupida troconera de verdes jonotes. Pronto se perdió entre la maleza y sólo dejó la trilla sangrienta de su paso.

Las épocas de sequía y de lluvia se sucedieron una tras otra; la inmutable antigüedad de la selva fue alterada; el ancestral ritmo de la naturaleza fue trastocado para siempre, por doquier se veían caminos y veredas como rasguños indelebles en la espesura, superficies rapadas a costa de incontables cadáveres de cedros y caobas, cuyos rojizos troncos eran arrastrados como patéticos muñones sangrientos. Aquellos seres tenían una marcada afición por alimentarse con carne; devoraban caracoles, aves y cuadrúpedos; en la tierra, en el agua o en el aire; no había escapatoria para ningún ser viviente, todos eran victimados con aquellos objetos que vomitaban fuego y muerte.

Uno de aquellos años fue particularmente rudo y difícil; los vientos que vienen del sur y que por aquellos lugares pasan en el mes de marzo anunciando la corta época de sequía, no fueron suaves ni tibios; por el contrario, azotaron la región con resequedad y fuerza inusitada. Las copas de los árboles aullaron de dolor todas las noches y fueron desnudados sin piedad. Después de varios días, el viento enloquecido se fue hacia lugares lejanos y desconocidos; sólo dejó a su paso una alfombra mortuoria de hojas y capullos. Las semillas malparieron y ese verano desconoció las flores y los frutos.

La sequía, profunda, estéril y mezquina, se prolongó más allá de los meses de junio y julio. De los arroyos sólo quedaron las huellas húmedas de sus cauces, los tallos de las higueras y pochotas perdieron su porosidad y se enjuntaron, el brillo de las hojas desapareció, las espinas proliferaron y el sol se regodeaba cada vez con más belicosidad en aquellos abiertos y despejados días. La supervivencia era penosa; hasta él, que sabía sobrevivir en las más difíciles condiciones, ahora enflaquecía paulatinamente remontando en los más apartados rincones de la comarca. Sus verdugos, que años ha lo habían herido, poco a poco lo fueron reduciendo hasta confinarlo a pequeñas zonas inaccesibles. La vieja y endemoniada bala disparada en mala hora por aquellos seres, aún seguía incrustada en algún lugar de su osamenta; el plomo extraño y dañino le corroía pacientemente la vida.

El brazuelo herido había perdido la fuerza y la destreza natural; se le encogía cada vez más y lo hacía caminar dramática y torpemente; su presencia era percibida con facilidad y los pocos venados y jabalíes que aún quedaban en la región ya no eran sorprendidos. Los últimos años se había alimentado con parquedad. Una mañana se sintió particularmente inquieto, caminaba nerviosamente, sin rumbo fijo; el hambre lo acosaba. Por un momento mostró decidirse: irguió su enorme testa, oteó el ambiente, empezó a emitir un gruñido profundo y ronco, sus ojos cobraron un brillo maligno; luego dirigió sus pasos rumbo a la zona de donde había sido echado años atrás. Una perdiz, desde su escondite, lo observaba con ojos húmedos y redondos. Alrededor, los pecíolos eran vencidos por el calor y las hojas se entregaban al tórrido día.

Lejos de allí, entre el silencio cosmogónico de la selva, en una soledad casi perfecta, un hombre diminuto y pálido se disponía a talar un gigantesco cedro rojo. El tallo había competido durante muchos años con otras especies para que sus hojas pudieran alcanzar la luz; debido a su vigorosa heliotropía, ahora su altísima copa recibía plenamente los rayos del sol. Con una mirada desconsoladora, el trabajador recorrió el tallo hasta la cúspide, sus ojos se iluminaron cuando allá, muy arriba, el follaje era mecido por los primeros vientos alisios que traían esperados mensajes de humedad; mucho más arriba, volando en círculos, unas águilas libres e inaccesibles planeaban en las alturas; el hombre las miró y se quedó absorto unos momentos.

Ensimismado en quién sabe qué pensamientos, el talador empezó a ceñirse en la cabeza un paliacate a manera de insólito sudario rojo; con aire enfermizo miró por un instante sus manos universales, sus manos fecundas, agoreras, bienaventuradas. . . las miró y las

escupió como si las maldijera. Con la saliva apretaría mejor el cabo del hacha; la blandió; en su amarillenta faz las arrugas se comprimieron y con una mueca inverosímil descargó el golpe. El enorme diente acerado se hundió en la corteza, el silencio se fue despavorido y los hachazos resonaron cadenciosos entre barrancas y laderas.

Las horas transcurrieron pesadas y largas; el estío era empujado lentamente; los estratos se empezaron a elevar cada vez más, hasta quedar convertidos en tenues velos blanquecinos.

El cuerpo del talador se consumía en un mar acuoso de sudor. La tajada que abría en el tronco no llegaba a la mitad; aún le restaban muchas horas de trabajo. Vencido, reposó por un momento; el cansancio lo había envejecido y en su rostro aparecieron tumultuarios los negros años. La sed le abrasaba la lengua y exhausto se dirigió a un aguaje cercano; la poza era diminuta y apacible; se tendió bocabajo y miró por un momento su rostro fantasmal que surgía del fondo del agua.

Todo parecía normal; sin embargo, desde una oscura fronda unos ojos cabrilleantes vigilaban cada uno de sus movimientos. Bebió hasta quedar ahíto, luego se incorporó lentamente. De pronto, al dar un giro, se quedó estupefacto de terror al ver un enorme jaguar que lo miraba fijamente. La sorpresa lo inmovilizó, la posibilidad de morir lo dejó ausente. Los recuerdos de su vida se le agolparon en el cerebro, se sintió en la nada, le pareció que todo, que su existencia misma era mentira. Desde su escondrijo la fiera saltó como una centella; en él le pareció una eternidad, luego zarpazos, gruñidos y un ardiente dolor en el costado. El terror se hizo consciente hasta que sintió que el hocico de la bestia buscaba afanosamente sus carótidas; sus sentidos se crisparon y un agudo zumbido le lastimó los tímpanos; el felino casi le había cercenado el cuello; los músculos se tornaron flácidos y poco a poco todo dejó de tener importancia; un sopor dulcísimo le invadió la totalidad de su cuerpo. Luego, extrañamente, resonaron voces y ruidos en su cabeza, imágenes que llegaban y desaparecían, surcos interminables, manos, herramientas. . . Después oscuridad, el vacío. . . la nada.

No hubo lucha ni resistencia alguna, la fiera lo había derribado como a un muñeco; ahora estaba quieta, ya tenía su presa bien firme por el cuello, sólo apretaba y apretaba. En éxodo incontenible, la sangre empezó a brotar, tiñó unas piedrecillas, llegó al agua y allí se disolvió lentamente. Con el rostro impávido y la mirada cautiva por el velo de la muerte, la víctima fue arrastrada lentamente hacia la espesura. El felino, lisiado de un brazuelo, lo remolcó con dificultad hasta llevarlo debajo de un frondoso huanacaste.

El silencio llegó otra vez con su paño infinito a envolver todas las cosas, sólo era disipado por el rumor de las hojas lamidas por el viento y el zumbido de nubes etéreas de mosquitos.

El recelo abrigado por tantos años se había esfumado, y ahora, con cautela, husmeaba libremente en la región vedada por tantos años. El temor se propagó en el aserradero, las huellas del "manco" se empezaron a ver por todas partes: en los agujajes cercanos, en las brechas, rondando los trozaderos y las casas. Algunos hombres que se atrevieron a salir del campamento, creyeron verlo y nunca supieron si era realmente la bestia o sólo una visión. Un día desapareció otro hombre, después otro y otro más. Los taladores se negaron a cortar más árboles, se organizaron y le exigieron a mister Wellington que les diera seguridad en el trabajo. El aserradero se paralizó y el patrón maldijo mil veces al "manco".

Los días se volvieron cada vez más indolentes y breves; los dedos vaporosos de los crepúsculos septembrinos hurgaban el ambiente y transmitían su efímero calor a todos los rincones de la breña. Una tarde aparecieron en el cielo unas ciclópeas nubes que con cuerpos espesos y negruzcos se extendieron ciñendo todo el septentrión. El ambiente estaba cargado de humedad, los loros y guacamayos abandonaron sus comedores y en vuelos temblorosos cruzaron el horizonte hacia distantes lugares de reposo; melancólicas, las perdices silbaban en los barrancos despidiendo el día. Opalinos, los últimos vestigios de luz se desmayaron sobre las copas de los árboles; todas las criaturas nocturnas empezaron a despertar: la tatoana desenrolló su gélido cuerpo y reptó entre la cálida hojarasca en busca de ratas y tlacuaches, las martuchas abrieron sus desmesurados ojos y saltaron entre las ramas en busca de higos silvestres; en los contados agujajes, sapos y ranas croaron llamando inútilmente las lluvias.

El jaguar empezó a despertar, el rescoldo de la noche inoculó un húmedo calor a su cuerpo; estiró los músculos paulatinamente para desentumecerlos, sus pupilas se cargaron de fósforo y las sombras flotaron pletóricamente en la ansiedad de sus ojos; reconoció poco a poco las arquitecturas nocturnas y fantásticas de la selva. Con movimientos indo-

lentes echó a caminar en busca de agua. No había posibilidad de vislumbrar sus líneas, sólo era una impresión; sus oídos podían captar el rumor de la savia, la distensión de los poros en las hojas y el crepitar del refrescante rocío. Hendió la nariz en las tinieblas y aspiró el cálido vaho que el humus silvestre transpiraba; pronto venteó la frescura del agua y al mismo tiempo descubrió un intenso aroma de ulmarias y topejilotes tiernos. Llegó al aguaje, se quedó por un momento inmóvil, silencioso, espiando cualquier anomalía, pero sólo escuchó el canto intermitente y tímido del hilillo de agua que caía en la poza. Pegó el hocico a la superficie y, a lengüetadas, empezó a mitigar la sed.

De pronto, en la cerrazón de la noche, creyó escuchar un ruido extraño, como si dos piedrecillas hubieran chocado, algo así como un "click". Súbitamente hubo luz por todas partes, ¡luz cegadora! , ¡infernál! A causa del intenso aroma de las ulmarias y topejilotes no había podido olfatear a los hombres que, como demonios, trepados en ramas altas, lo alumbraron con gigantescos ojos luminosos. Unas detonaciones resonaron, algo candente rasgó la oscuridad, un dolor agudísimo le recorrió el cuerpo, las detonaciones siguieron; brincó para escapar de la luz, corrió con inusitada energía; movía ágilmente sus extremidades saltando yerbas y vados, mas por un segundo reconoció que sólo pataleaba en el suelo. El dolor, como una corriente eléctrica, le penetró por todas las entrañas, hasta clavarse en el corazón; creyó rugir pero sólo lanzaba estertores de muerte. Todavía pudo captar un extraño olor que le picó la nariz: era el humo de pólvora que flotaba en el ambiente. La cola le empezó a temblar y una pata convulsa se movía inútilmente. El agua caía casi con ruido musical, era como un filamento aferrado a su propia intermitencia.

Los hombres, como visiones fantasmales, emergieron de las profundidades de la selva; desconfiados se acercaron a la fiera, murmuraron algo y se dieron a la tarea de atarla para llevarla al campamento.

Aún tibio y flácido, lo tendieron en el suelo; su laxa corpulencia denotaba poder y fuerza; los hombres desfundaron sus facas de filos depurados y empezaron a rasgar y separar la piel hasta pelarlo totalmente; el cuerpo del felino quedó desnudo, sólo lo cubría una fina capa de grasa, le habían cercenado las garras y cabeza, y ahora estaba como algo grotesco y fantasmal con sus muñones al viento. La otrora temida e impresionante testa fue arrojada a las pepehuas; las voraces hormigas la descarnarían y la calavera quedaría lista para ser exhibida en alguna vitrina.

Los fríos luceros de la madrugada se esfumaron, una mágica claridad apareció entre la copa de los árboles. En el aserradero todos habían despertado por el acontecimiento; el patrón se acercó entre los curiosos, miró el macabro espectáculo y sacó un pañuelo para protegerse del mal olor. Con voz un poco sorda dijo: " ¡So that's the bastard! " y luego, entre dientes agregó: " ¡Son of a bitch! "

Un domingo, cuando ya no quedaba un solo árbol de madera preciosa, los taladores se reunieron para recibir el salario semanal; fue entonces que mister Wellington salió al cobertizo de su casa, desde allí palmeó con fuerza y en tono festivo vociferó: " ¡Ok boys, it's all over! ¡Let's go, let's go! " Luego volvió a meterse a su casa llena de pabellones, para librarse de los moscos que abundaban esa mañana. Y todos se fueron, se fueron para no volver jamás, todos emigraron a quién sabe qué lugares; sólo quedaron los vestigios ruinosos de aquel campamento y, en la boca de algunos campesinos de ese rumbo, el recuerdo del "manco", que como una leyenda perdura aún por estos días. Según dicen, las lluvias, en aquella ocasión, no llegaron sino hasta el mes de noviembre.

